



Gaston Racine

**¿OPINIONES O CONVICCIONES?**

---

**LA FE**



Gaston Racine

# **¿OPINIONES O CONVICCIONES?**

---

**LA FE**



## **Opinions ou convictions? La foi**

**Gaston Racine**

© Ferran Cots (edición en castellano)

Edición en castellano autorizada por Jean-Bernard Racine.

Todos los derechos reservados.

No se permite ningún tipo de reproducción, parcial o total, sin la autorización expresa y por escrito del editor.

Traducción y adaptación: Ferran Cots.

Revisión de textos: Abigail Rodés.

Foto portada: Abigail Rodés.

## **¿Opiniones o convicciones? La fe**

FC Editor (Barcelona) • ✉ [fcots.r@outlook.com](mailto:fcots.r@outlook.com)

Primera edición: noviembre 2021.

*Las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera de 1960.*

*Las citas fuera del texto y las notas al pie no pertenecen a la edición original en francés.*

Imprime:



# Índice

Introducción	<b>7</b>
1. Opiniones o convicciones	<b>9</b>
2. ¿Qué es la fe?	<b>15</b>
3. Naturaleza de la fe	<b>19</b>
4. Objeto de la fe	<b>21</b>
5. Motivo de la fe	<b>27</b>
6. De dónde procede la fe	<b>31</b>
7. Carácter de la fe que salva	<b>35</b>
8. Obra y resultados de la fe	<b>41</b>
9. Manifestaciones de la fe	<b>47</b>
10. Pecados contra la fe	<b>51</b>
11. El encuentro decisivo	<b>53</b>



# Introducción

En un mundo donde todo se tambalea, donde siguiendo a Nietzsche o “*subvirtiendo valores*”, no solo ya no diferenciamos entre lo santo y lo profano, entre lo impuro y lo puro (Ezequiel 22:26), donde a lo bueno se le llama malo, la verdad es error; en un mundo donde se desprecia al débil para ensalzar al fuerte, donde se glorifica el odio y la venganza, y se desprecia la piedad y el perdón; en el corazón de los fieles, sin embargo, permanecen tres cosas: fe, esperanza y amor (1 Corintios 13:13).

Cristianos, es la hora de despertar del sueño, de hacer sonar con fuerza la trompeta. Estamos aquí para ser testigos de Cristo, no los sepultureros del cristianismo. Nuestro Señor nos llama a ir contra la corriente de este siglo, vestidos con la coraza de la fe, llevando en alto la antorcha de la esperanza y el estandarte del amor.

La fe, la esperanza y el amor son la esencia del cristianismo, las tres virtudes cristianas por excelencia. Resumen y forman los elementos esenciales de la vida del creyente. Son la divisa y el lema del verdadero discípulo de Jesucristo, cuya religión no es solo el cristianismo, sino cuya vida es Cristo.

Así, mediante estas tres pistas seguras reconocemos, dentro de la profesión cristiana y las múltiples divisiones que desgarran a la Iglesia, a los que están en el camino de la salvación, que invocan el nombre del Señor con corazón puro, con los que estamos llamados a caminar (2 Timoteo 2:22).

Se manifiestan por su amor a Dios, que sólo puede expresarse en el mundo visible mediante la obediencia gozosa a sus mandamientos y el amor activo hacia el prójimo, amigo o enemigo. Por una esperanza viva, que ilumina su vida incluso en medio de la tribulación, siendo fuente interior de alegría y paz inagotable e independiente de las circunstancias en las que se encuentren. Y por una fe viva, basada en la confianza total en las promesas divinas y que produce obras para la gloria de Dios.

Es siempre por este carácter triple que el apóstol Pablo reconoce en sus epístolas a los verdaderos hijos de Dios. (Efesios 1:15-18, Colosenses 1:3-5, 1 Tesalonicenses 1:3, Hebreos 6:10-12). Pero, ¿qué pasa con cada uno de nosotros? ¡Detengámonos un momento! ¡Vale la pena! Dejémosnos examinar por la luz de Dios que nos conoce y dirijámonle esta oración desde el fondo de nuestro corazón: *“Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno”* (Salmo 139:23-24).

La mayor de estas cosas, la que por tanto debe caracterizarnos sobre todo, aquella sin la cual no somos nada, es el amor, no solo porque subsistirá en el cielo cuando la fe se cambie en vista y la esperanza en realidad, sino también porque el amor es el alma, la vida misma de la fe y la esperanza.

Que la lectura de las siguientes líneas llegue a los corazones. Que el Espíritu Santo despierte a los tibios y dé vida a los muertos. Que se levante un ejército de nuevos creyentes para luchar por la única y verdadera causa.

Entonces, desde el seno mismo de su orgullo o de su desesperación, los hombres podrán ver que el cristianismo no es un ideal desfasado, una religión gastada y caduca, el barniz superficial de cobardes e hipócritas, sino una vida poderosa que se realiza en la debilidad humana, haciendo de los creyentes la luz del mundo y la sal de la tierra (Mateo 5:13-14).

*“A ti, pues, hijo de hombre, te he puesto por atalaya... y oirás la palabra de mi boca, y los amonestarás de mi parte”* (Ezequiel 33:7).

Leysin (Suiza), marzo de 1944



# 1. Opiniones o convicciones

En nuestros países, donde el cristianismo se ha convertido en religión oficial, basta con nacer en una familia católica o protestante para ser bautizado<sup>1</sup> y recibir oficialmente el título de cristiano. Para muchos este título, ostentado por la gran mayoría, ha perdido su significado real.

No sucedía así al inicio de la era cristiana. Solo los que se habían convertido al Señor, tras haber oído y creído el Evangelio, eran bautizados y añadidos a la iglesia (Hechos 2:41, 47). El nombre de cristianos fue dado en Antioquía por primera vez a los discípulos de Cristo (Hechos 11:26). Estos abandonaron el judaísmo, otros, más tarde, habiendo roto con el paganismo y sus costumbres por una verdadera conversión, manifestaron a los ojos del mundo un cambio total de vida. El cristianismo en su origen no era una simple etiqueta exterior, el emblema de una sociedad en particular o la observancia de nuevos ritos, la práctica de un nuevo culto, sino una vida nueva.

Hoy, a causa de un alejamiento progresivo de la verdad evangélica, se llega a atribuir el nombre de cristiano sin poseer la vida de Dios que está en su Hijo (1 Juan 5:11). Así, personas cuya conducta a veces ofrece un marcado contraste con las enseñanzas de Jesús, llevan el nombre de cristianos como si fueran unos fieles regenerados. Esta fatal inconsistencia crea una gran confusión y distorsiona el principio de verdadera pertenencia a la Iglesia. Perdiendo cada vez más la noción bíblica del cristianismo nos convertimos en cristianos por la fuerza de la costumbre, por tradición, por educación, como los hijos de padres budistas o musulmanes son budistas o musulmanes. Pero si el budismo o el islamismo pueden ser un privilegio de nacimiento, no sucede lo mismo con el cristianismo. No se nace cristiano, nos convertimos en cristianos por medio de un nuevo nacimiento (Juan 3:3).

Sea cual sea el nivel de piedad del ambiente en el que hayamos nacido, nacemos pecadores en este mundo. Nuestro gran privilegio sobre los paganos es que tenemos la posibilidad de oír el Evangelio desde nuestra

infancia. Esta inmensa ventaja, no lo olvidemos, también aumenta drásticamente nuestra responsabilidad.

Es necesario que entendamos de nuevo el profundo sentido y carácter del cristianismo. No nos contentemos con vagas nociones, porque ha llegado el momento de mostrar el color de nuestra bandera. Hemos llegado a un tiempo de decisiones en el que la indiferencia y la neutralidad espirituales no pueden seguir subsistiendo. Se acerca la hora del "*a favor*" y el "*en contra*" (Apocalipsis 3:16, 22:11).

Hasta ahora en nuestro país, los cristianos no han sido probados mucho, pero puede que no siempre sea así. ¿Está nuestro cristianismo listo para sufrir el fuego del crisol? Mientras que una opinión es un sentimiento particular que uno se forma de una cosa, considerándola por sí mismo, una convicción es la certeza que se tiene de la verdad de un hecho, de un principio. Creencia probable, afirmación que no es cierta, la opinión tiene su lugar en las cosas sobre las que todos pueden pensar como les plazca.

Por otro lado, en el ámbito religioso, que es el de nuestras relaciones con Dios, las convicciones son necesarias, porque siendo criaturas dependientes, no somos libres para pensar fuera de la revelación divina. Creemos que, hasta ahora, demasiadas personas se han contentado con compartir puntos de vista comunes. Los propios hijos de los cristianos no han escapado a este peligro. Se limitan a compartir de una manera vaga y externa las convicciones de sus padres. Fueron bautizados, recibieron una educación religiosa y, probablemente, se han convertido en miembros de una asamblea. Sin embargo, es sintomático encontrar entre ellos una falta de certeza, que se refleja en toda su forma de vivir y actuar en este mundo. Algunos todavía profesan opiniones religiosas, pero ya no confiesan su fe.

La fe de muchos está tan diluida, es tan inconsistente, que en el momento del peligro se les resbala en sus manos infieles. Si las opiniones parecen bastar en la vida, en los tiempos fáciles, sin embargo provocan un desastre en los días malos y los tiempos de gran tentación. La vida basada en buenas o malas opiniones es como un edificio construido sobre la arena.

Aguantará durante un tiempo, pero cuando llegue la prueba, los vientos contrarios, los torrentes de pasiones, esta casa se derrumbará porque no está cimentada sobre la roca. Esta roca es Jesucristo, la Palabra viva, y

la Biblia, la Palabra escrita, cuyas enseñanzas permanecerán eternamente cuando la apariencia de este mundo pase (1 Corintios 7:31). Pero, ¿podemos estar seguros de algo, tener convicciones en un momento en el que todo es inestable, cuando todo se tambalea, cuando llega el mañana para desmentir las esperanzas de ayer y de hoy, cuando muchas afirmaciones parecen contradecirse con hechos a veces trágicos? ¿No es más prudente no pronunciarse sobre esta horrible guerra? ¿No deberíamos ser neutrales o, por lo menos, no es más seguro apostar a dos bandas? ¿No deberíamos más bien esperar para no comprometernos?

**Sí**, si tenemos como fuente de convicciones solo las ideas humanas, hipotéticas y fragmentarias, susceptibles de cambio, de variación. Entonces tendríamos razón en buscar y hacer nuestra la opinión que actualmente parezca ser la correcta, reservándonos la posibilidad de abandonarla, si nuevos hechos llegan a invalidarla y se nos presenta una mejor opinión. ¡Y que perezcan entonces las doctrinas sectarias, fanáticas, consideradas inmutables! Seamos flexibles. ¡Vivamos el día a día con el paso del tiempo!

**No**, si tenemos una revelación divina, si la fuente de nuestras convicciones es la Palabra de Dios y el testimonio del Espíritu Santo. ¡Ahora tenemos una revelación divina! Jesús dio sin cesar testimonio de las Sagradas Escrituras. ¿No dijo: *"Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido"* (Mateo 5:18)?

La pregunta es demasiado crucial, el tema demasiado candente, la autoridad de la revelación demasiado importante, para que permanezcamos indiferentes. No podemos negar la revelación divina sin haberla examinado. Para hacer esto tendríamos que ser insensatos o actuar de mala fe. Si tenemos dudas, indaguemos, seamos sinceros en la búsqueda de la verdad y, sin prejuicios, averigüemos si Dios ha hablado o no, si la Biblia es un libro como cualquier otro, o sólo superior a otros, o si es verdaderamente la Palabra inspirada de Dios.

Leamos la Biblia y nos daremos cuenta de si es o no un libro que contiene todos los pensamientos de Dios y todos sus caminos en relación con el hombre, así como también su propósito acerca del Cristo y del hombre en Él. Un libro que da a conocer al mismo tiempo quién es Dios, cuál es la responsabilidad del hombre hacia Él, lo que ha hecho por el hombre y la

nueva relación con Dios por medio de Cristo. Un libro que revela lo que Dios es moralmente en su naturaleza y los hechos en los que se glorifica a sí mismo ante los cielos y sus habitantes. Un libro que revela los secretos del corazón humano y pone al descubierto su condición y que, al mismo tiempo, descubre ante él las cosas invisibles. Un libro que comienza en el punto donde el pasado toca la eternidad y nos lleva, a través del desarrollo y solución de todas las cuestiones morales, a la meta donde el futuro se pierde en la eternidad según Dios. Un libro finalmente *“que indaga en las cuestiones morales a la luz perfecta de Dios plenamente revelado, y nos da a conocer las bases de las nuevas relaciones con Él según lo que Él es en sí mismo y según lo que Él es en amor infinito”* (J. N. Darby)<sup>2</sup>.

Convencidos entonces, seremos llamados a posicionarnos, porque no podemos permanecer neutrales si Dios ha hablado, si Dios se ha revelado en Jesucristo. Y es de Cristo de quien todas las Escrituras dan testimonio (Juan 5:39). En virtud de la autoridad de Dios, tendremos entonces unas convicciones profundas. Ya no seremos sacudidos y arrastrados aquí y allá por todo viento de doctrina (Efesios 4:14). Los tiempos y las circunstancias cambiarán y también nos afectarán (Eclesiastés 9:11), pero no alterarán nuestras convicciones. En medio de la tormenta estaremos sobre la Roca y no en un frágil esquife, juguete de las olas, en la barca que zozobra en las hipótesis y conceptos humanos. Advertidos por la Palabra de Dios, mantendremos la calma en medio de la angustia actual. Los acontecimientos ya no sacudirán nuestra fe, al contrario, la confirmarán dando testimonio de lo que la Biblia nos enseña sobre el futuro de un mundo que cree que puede vivir sin Dios, o al menos sin el Salvador que Dios le dio.

Las atrocidades y los sufrimientos presentes ya no serán atribuidos a Dios, sino considerados como las consecuencias inevitables de la actitud del hombre, que cree que puede reinar solo o comportarse según sus propios pensamientos, o incluso salvarse por su esfuerzo, sus obras, sus méritos y su religión. Salvados por gracia, viviremos del perdón del Dios santo y justo, proclamando la Palabra de vida a los perdidos. La justicia de Dios ya no será una pregunta, un acertijo, un problema o un tema de discusión para nosotros. Será un hecho, el más profundo, el más íntimo, el más cierto de nuestra vida. Las guerras ya no nos harán hacer esta pregunta absurda: *“Si Dios fuera justo, ¿permitiría todo lo que está sucediendo en el mundo? ¿Una pregunta absurda? Sí, realmente absurda si entendemos por Dios al Dios vivo. Porque el Dios vivo nunca se revela a nuestra con-*

*ciencia más que como un Dios justo. Realmente absurda, porque si lo vemos tal como es, si lo escuchamos, pidiéndonos reconocerlo y aceptarlo tal como es, ¿qué sentido puede tener hacerle la pregunta: ¿Eres justo?. Pero es una pregunta llena de significado, muy justa e importante si se la planteamos a este dios por quien, en nuestro orgullo y desesperación, hemos elevado nuestras torres de Babel, a este gran trasfondo, personal o impersonal, místico, filosófico o ingenuo, a ese gran mecenas protector de nuestra justicia humana, nuestra moral, nuestro estado, nuestra cultura, nuestra religión. Sí, si es este dios al que estamos escuchando, tenemos razón al hacer la pregunta: ¿Es Dios justo? Y la respuesta se encuentra rápidamente”.*<sup>3</sup>

El cristianismo ha caído en la idolatría. Infiel, pisoteando el primer mandamiento del Decálogo (Deuteronomio 5:7), hace sacrificio a dioses innumerables (Deuteronomio 32:17). Nos llamamos cristianos, discípulos de Cristo, y una multitud de ídolos gobiernan nuestros corazones en lugar del Señor. Para algunos es una idea, una filosofía, el arte, la música, la belleza, el amor; en otros el dinero, una persona, una pasión. Es idolatría. Aquí en verdad está, en todos los tiempos, la fuente de todas las miserias de los hombres. A lo largo de los siglos, las mismas causas producen los mismos efectos.

Solo hay un remedio. La misericordia de Dios no se ha agotado. Su llamamiento todavía resuena como en los días del profeta Jeremías. Dios se dirige a todos individualmente: *“Ve y clama estas palabras hacia el norte, y di: Vuélvete, oh rebelde Israel, dice Jehová; no haré caer mi ira sobre ti, porque misericordioso soy yo, dice Jehová, no guardaré para siempre el enojo... Si te volvieres, oh Israel, dice Jehová, vuélvete a mí. Y si quitares de delante de mí tus abominaciones, y no anduvieres de acá para allá, y jures: Vive Jehová, en verdad, en juicio y en justicia, entonces las naciones serán benditas en él, y en él se gloriarán. Porque así dice Jehová a todo varón de Judá y de Jerusalén: Arad campo para vosotros, y no sembréis entre espinos”* (Jeremías 3:12, 4:1-3).

Al igual que Israel, por haber abandonado el objeto inmutable de la fe, la cristiandad está hoy herida y dividida. No ha sabido guardar el buen depósito (2 Timoteo 1:14). Se ha dejado distraer por ideologías extrañas; ya no confiesa en voz alta la fe y ha caído presa de una filosofía efímera. Muchos han permitido que su fe se disuelva en todo tipo de doctrinas, ya

sea el racionalismo, el liberalismo, el modernismo o el estatismo<sup>4</sup>. Otros han reemplazado la fe, obrando a través del amor, por dogmas y formas sin vida.

Es hora de que redescubramos las características de la verdadera fe. Para ello, despejemos un terreno nuevo para nosotros y no sembremos entre espinos. Abandonemos nuestras ideas, nuestros ídolos; rechacemos todo lo que reina sobre nosotros y volvamos a Jesucristo, el único Señor de nuestros pensamientos, nuestros corazones y nuestras vidas. Despojemos la fe de todas las vestiduras eclesiásticas, ideológicas y filosóficas con las que la hemos disfrazado, y recobremos la fe pura y simple de los Evangelios, la fe que tiene por objeto el Dios de la Biblia manifestado en Jesucristo. Solo entonces, en la confesión de una fe viva y pura, los creyentes de la Iglesia, dispersos en las diferentes iglesias, experimentarán una renovación de vida y recuperarán la conciencia de su maravillosa unidad que no han podido mantener ni manifestar al mundo.

*“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”* (Juan 6:68-69).

---

**1 ▶** En algunas confesiones protestantes se practica el bautismo de niños al igual que en la iglesia católica romana.

**2 ▶** J.N. Darby "Introducción a la Biblia". (Nota del autor).

John Nelson Darby (1800-1882) fue un evangelista angloirlandés y una figura de gran influencia entre los primeros Hermanos de Plymouth. Hizo una traducción de la Biblia basada en los textos griego y hebreo con el título: "Las Sagradas Escrituras: nueva traducción desde sus lenguas originales".

**3 ▶** Karl Barth "Palabra de Dios, palabra humana". (Nota del autor).

Karl Barth (1886-1968) fue un influyente teólogo protestante calvinista, considerado uno de los más importantes pensadores cristianos del siglo XX.

**4 ▶** Tendencia que exalta el poder y la preeminencia del Estado.

## 2. ¿Qué es la fe?

En su sentido general, la fe es la creencia que se basa en un testimonio. Tener fe en algo es adherirse, por el testimonio de otros, a una verdad o un hecho que no podemos verificar por nosotros mismos. De ello se deduce que la fe es divina o humana según que el testimonio provenga de Dios o de los hombres (1 Juan 5:9-10, Juan 3:33). La palabra "fe" se encuentra con frecuencia en la Biblia, especialmente en el Nuevo Testamento, y tiene diferentes acepciones. Puede significar:

► **El conjunto de la verdad revelada por Dios** (Judas 3, 20, 2 Timoteo 4:7, Apocalipsis 2:13). Es en este sentido que decimos que los paganos o los judíos se adhieren a la fe cristiana. Cuando el apóstol habla del "*misterio de la fe*" que estamos llamados a guardar (1 Timoteo 3:9), se refiere a todas las verdades que constituyen el cristianismo y que fueron proclamadas por la muerte y resurrección de Cristo.

► **El grado en que el alma ha llegado al conocimiento del Señor y de su Palabra** (Romanos 12:3). En este pasaje, la fe nos da la medida exacta de quiénes somos y lo que se espera de nosotros. Visto desde esta perspectiva, nuestra fe puede ser "*pequeña*" o "*grande*", podemos tener "*poca*" o estar "*llenos*" (Mateo 6:30, 8:10, 8:26, Santiago 2:5, Hechos 6:5-6). En este sentido, es susceptible de crecimiento (2 Corintios 10:15, 2 Tesalonicenses 1:3), y como los discípulos podemos decir: "*Señor, auméntanos la fe*" (Lucas 17:5). Ya sea que la fe sea grande o pequeña, lo principal es usarla, y entonces se logran prodigios (Mateo 21:21-22). Bastaría tener fe como un grano de mostaza para mover montañas y nada sería imposible (Mateo 17:20). Si queremos tener más fe debemos poner en acción la que ya tenemos (Mateo 25:29).

► **Un don espiritual.** En la primera carta a los Corintios, capítulo 12, versículo 9, donde la fe se considera un don espiritual, el apóstol

no habla de ella en el sentido de la fe salvadora, porque esta última se ofrece a todos los hombres (1 Timoteo 2:4) y la tienen todos los miembros del cuerpo de Cristo. Pero se trata de un don especial que permite al creyente ejercer un ministerio particular, como el de Georges Muller, Hudson Taylor, etc.

► **Una intuición del alma.** Finalmente, en su más estricta acepción y en sentido subjetivo, la fe es una intuición del alma por la cual percibimos verdades que están fuera del mundo de los sentidos y del ámbito del razonamiento. Es una virtud sobrenatural por la cual, bajo la inspiración y la gracia divina ofrecida a todos los hombres (Tito 2:11), consideramos verdadero lo que Dios ha revelado (Juan 3:33-34). La fe es la actitud del hombre ante una declaración de Dios, se somete, cree lo que Dios dice, no porque su razón humana esté satisfecha, sino en virtud de la autoridad de Dios mismo que revela sus pensamientos y que no puede mentir ni engañarnos (Hebreos 6:17-18, Tito 1:2.) Así recibe lo que Dios le da (Juan 3:16) y se entrega a Él sin reservas.

La incredulidad es la actitud contraria. Consiste en abandonar al Dios vivo y rechazar sus dones. La fe es creer. Creer en Dios es tener una confianza absoluta e inquebrantable en la verdad del testimonio de Dios, incluso si ese testimonio no está respaldado por ninguna otra evidencia. Es tener plena confianza y seguridad en el cumplimiento de las promesas de Dios, incluso si todo parece contradecirlas. Creer es tomar la palabra de Dios. La fe, por tanto, no es credulidad, ni creencia sin pruebas, porque sino se basa en la vista o en la lógica, tiene su raíz en la confianza en el Dios vivo. Su prueba suficiente es la Palabra de aquel que es imposible que mienta (Tito 1:2, Hebreos 6:17-18). Exigir otra prueba de esto no es racional, sino irracional. Si recibimos el testimonio de los hombres, ¡el testimonio de Dios es mayor! (1 Juan 5:9-11).

La fe es el único medio de salvación para el hombre (Efesios 2:8-9), porque solo ella se apropia de la justicia de Dios (Romanos 1:16-17). Por la fe entendemos que el universo fue formado por la Palabra de Dios, de modo que lo que se ve no fue hecho de cosas visibles (Hebreos 11:3). Es necesario creer para comprender. *“La fe es el paso que conduce a la ciencia”* (Agustín de Hipona).

Sin fe es imposible agradar a Dios (Hebreos 11:6) y es mediante la fe,



y no de otra forma, que encontramos al Dios que habla, que ordena, que da, y al hombre que escucha, obedece y acepta. La fe se convierte en la nueva esfera en la que el cristiano vive (Gálatas 2:20, Romanos 1:17), ama (Tito 3:15) y muere (Hebreos 11:13). Como hemos visto, la palabra fe en las Escrituras tiene diferentes significados. Sin embargo, no hay más que una misma fe para los cristianos, ya sea que la veamos en su propósito o en su naturaleza más íntima (Efesios 4:5). Esta fe debe producir en todos los mismos sentimientos y el mismo tipo de vida (Filipenses 2:1-2). Une a hombres que habían sido enemigos de Dios (Colosenses 1:21), odiosos, que se odiaban entre sí (Tito 3:3), en una familia, la familia de Dios (Efesios 2:19), a la que Pablo también llamó la familia de la fe (Gálatas 6:10). A pesar de todas las divisiones que separan a la cristiandad, la unidad de la fe es un hecho. En sus diversos círculos, todos los verdaderos creyentes tienen la misma fe en las grandes verdades de la salvación. Sin embargo, a todos se nos insta a caminar hacia una unidad más perfecta en aquellas cosas en las que todavía diferimos (Efesios 4:13). Este objetivo no se logrará mediante concesiones recíprocas. La unidad resultante sería ficticia y podría producirse a expensas de la verdad. Una unidad en el equívoco solo sería confusión. La unidad según Dios, solo puede lograrse mediante un amor más vivo por Jesús y un conocimiento más perfecto del Hijo de Dios, quien es el único objeto de la fe. *“Lo que constituye nuestras diferencias en la fe no es la naturaleza de esta última, sino su objeto conocido en muy diferentes grados. El progreso en este conocimiento y en la influencia santificadora que ejerce sobre los verdaderos cristianos los une cada vez más íntimamente con Cristo, de quien ellos son miembros, y así avanzan hacia “la medida de la estatura de Cristo”, transformándose cada vez más a su semejanza, Cristo mismo creciendo en ellos”.*<sup>1</sup>

Si los cristianos abandonaran sus sistemas y sus puntos de vista particulares para someterse a la autoridad del Señor, y sus corazones solo estuvieran ocupados con la persona y los deseos de Cristo (Salmo 38:9, Isaías 26:8), la unidad por la que suspiran tantos creyentes sería real. La verdad separa del mal y del mundo, pero no divide a los hijos de una misma familia. La división es obra de la carne (Gálatas 5:20). La verdad nos lleva a juzgarnos a nosotros mismos y a orar por los perdidos. ¿Acaso no somos culpables de tomar partido en nuestras divisiones en nombre de la verdad y de acentuarlas con nuestro orgullo y nuestra falta de amor? En cambio escuchemos la oración que Jesús dirigió a su Padre pensando

en nosotros los que hemos creído por la palabra de los apóstoles: *“Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado”* (Juan 17:20-23).

En esta oración encontramos el pensamiento del Señor sobre la unidad de los creyentes. Conociendo este pensamiento y poseyendo en Cristo los recursos necesarios, somos responsables ante Dios y el mundo de manifestar la unidad de nuestra fe.

*“Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sentimos; y si otra cosa sentís, esto también os lo revelará Dios. Pero en aquello a que hemos llegado, sigamos una misma regla, sintamos una misma cosa”* (Filipenses 3:15-16).

---

1 ► L. Bonnet “Epístola a los efesios”. (Nota del autor).

Louis Bonnet (1805-1892). Doctor en teología. Pastor de la iglesia francesa de Londres (1830-1835) y, más tarde, en Francfort.

### 3. Naturaleza de la fe

La fe no se transmite hereditariamente. No la heredamos de nuestros padres, no surge de nuestro corazón carnal. El hombre no puede inspirar al hombre. La fe se produce en el alma, no por medio de sutiles razonamientos, o palabras persuasivas de sabiduría humana, sino por la intervención del Espíritu, por el poder de Dios (1 Corintios 2:5, Juan 6:44), o por la iluminación divina (2 Corintios 4:6), que acompaña a la predicación del Evangelio (Romanos 10:14-17, 1 Corintios 1:21), de la que nace una convicción enérgica y profunda (1 Tesalonicenses 1:5, Hebreos 10:22).

Es la facultad que percibe lo invisible y capta las realidades espirituales (Hebreos 11:1). Por lo tanto, los hijos de los creyentes, aunque disfrutan de grandes privilegios (1 Corintios 7:14), no son cristianos desde el nacimiento en virtud de la fe de los padres (Juan 1:13). Son por naturaleza hijos de ira, igual que los demás (Efesios 2:3). La educación cristiana que reciben, los conocimientos bíblicos que adquieren, todo eso no es todavía fe, sino que debe llevarlos a la fe, es decir a ese acto personal por el que el hombre reconoce la realidad de Dios que se revela y se dirige a él en sus diversos testimonios: la creación, las Escrituras y Cristo. La fe es, por tanto, una decisión, la respuesta precisa a la llamada de Dios.

Es la actitud de un corazón que se somete a la revelación de Dios, confesando su miseria y la pura gracia de Dios en quien cree. La fe, en su esencia subjetiva y moral, no es otra cosa que obediencia (Romanos 1:5), así como la incredulidad no es más que la rebelión de la criatura contra el creador (Juan 3:36). Sin embargo, el valor y la fuerza de la fe no se encuentra en las impresiones o en el impulso de la voluntad que acompañan nuestra decisión, sino en Dios, que es principio, objeto y motivo de la fe.

La fe es, por tanto, sobrenatural:

► **Por su origen.** Es fruto de la gracia divina, que es manifestada a todos los hombres (Tito 2:11). Es el único medio dado por Dios para

apropiarnos de su maravillosa salvación. Es una planta que tiene sus raíces en Dios y que florece en nuestro corazón.

▶ **Por su objeto.** Cristo, en quien se manifiestan todas las verdades reveladas (Efesios 4:21).

▶ **Por su motivo.** La autoridad de Dios.

*“Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (Romanos 11:36).*

## 4. Objeto de la fe

El objeto de la fe no es la existencia de Dios propiamente dicha, que solo los necios niegan (Salmo 14:1, 53:1), sino la realidad de Dios en sus testimonios, la fidelidad de sus promesas, la certeza de su Palabra. Es obvio que solo se puede creer en una persona si, de antemano, se tiene la certeza de que existe.

Especialmente en la Edad Media, varios teólogos y en particular Tomás de Aquino, creían que podían establecer varias pruebas de la existencia de Dios. Parece que habían olvidado que el cristiano y la Iglesia no tienen que demostrar la verdad, sino confesarla. Las sabias demostraciones tomistas y de otros, que afirman la existencia de un Dios santo y bueno, sabio y todopoderoso, no pueden llevar la inteligencia natural a una firme convicción acerca de Dios, ya que, mirando alrededor nuestro, nos preguntamos: ¿Dónde está la santidad de Dios? Vemos como se tolera la impiedad y la hipocresía. ¿Y su amor? Hay tanta miseria. ¿Y su sabiduría? El desorden invade su obra. ¿Y la omnipotencia de Dios? No parece que haga respetar sus leyes. Esto explica por qué no es suficiente mostrar que Dios existe, y quien es, para satisfacer nuestro entendimiento oscurecido y rebelde.

El hombre no puede llegar al conocimiento de Dios a través del ejercicio de su razón. El hombre conoce a Dios y está seguro de su existencia a través de una experiencia viva. La certeza de su existencia no se basa en un andamiaje filosófico, sino en el hecho de que Dios se ha acercado a nosotros, ha venido a nosotros y nos ha tomado para sí. El hombre no se eleva hacia Dios, pero Dios en su gracia ha venido a nosotros (Juan 1:14, 3:13). El creyente tiene la certeza de la existencia de Dios, porque ha experimentado su realidad en su vida, y no porque pueda dar una prueba científica de ello. Estas pruebas existen para él, pero evita los discursos vanos y profanos y las disputas de la falsa ciencia que algunos profesan (1 Timoteo 6:20-21). El creyente da testimonio de la existencia de Dios en este mundo, y su testimonio vivo tiene más fuerza y peso que cualquier

evidencia razonada. Si quieres estar seguro de que Dios existe, tú, que encuentras dificultades intelectuales en la búsqueda de la verdad, no te escondas más de la mano de Dios, que te busca y quiere encontrarse contigo (Isaías 50:2). Abandona tu búsqueda vana e infructuosa, cuyo polvo oscurece tu vista, desea encontrarte con Dios y de repente verás a Dios ante ti, y en Él te descubrirás a ti mismo.

Sólo entonces, sujeto y subyugado por Dios, en esta creación que gime (Romanos 8:22), en la naturaleza que te ofrece tantas cosas contradictorias, discernirás con fuerza el poder eterno y la divinidad del Creador (Romanos 1:20). El silencioso lenguaje de la expansión de los cielos llegará a tu corazón (Salmo 19:1-3). La voz de tu conciencia, saliendo de un largo sueño, te recordará tu origen mostrándote tus errores (Salmo 19:12).

La existencia de Dios, por tanto, no es un objeto de investigación, un vago sentimiento, una oscura idea, sino un hecho independiente de nuestras buenas o malas circunstancias. Los desafortunados hechos que suceden en este mundo, las dolorosas pruebas que encontramos en nuestro camino, nuestro sufrimiento actual no pueden ponerla en duda, como tampoco la insuficiencia de una evidencia científicamente desarrollada. Las palabras de la Escritura acusan a los incrédulos, no de haber descuidado sus estudios para llegar al conocimiento de Dios, sino de haber ignorado la verdad divina que se revela manifiestamente a todos en la creación (Romanos 1:18-21). La negación de Dios es, por tanto, una ofensa contra la naturaleza y contra la razón.

A decir verdad, los librepensadores, los positivistas, los materialistas, los racionalistas niegan la fe, no porque no puedan creer, sino porque no quieren creer. El orgullo de algunos no puede tolerar la supremacía de un ser divino, ante quien tendrían que dar cuenta de su conducta. La desesperación, el despecho, la rebelión de aquellos que han visto sus preciados planes completamente alterados los llevan a rechazar la idea de un Dios justo y poderoso. Si este ser existiera, ¿no debería, como esclavo bueno y poderoso, haber realizado todos sus proyectos? Y otros, queriendo apaciguar las malas inclinaciones de sus corazones, excluyen el incómodo pensamiento de un Dios santo. Sin embargo, estos últimos desafortunados no son muy peligrosos para la fe cristiana. Los grandes enemigos de la fe son más bien los que hacen de su espíritu su dios, de su razón su única sabiduría. Tal vez llamándose a sí mismos, como Nietzsche<sup>1</sup>: "*nosotros los*

*inmoralistas, nosotros los sin patria*"; no son necesariamente grandes vividores, no siempre viven en graves pecados.

Tal vez sean, como Nietzsche y tantos grandes rebeldes, castos hombres cuya vida privada parece irreprochable. Son puros según el mundo, pero ciertamente no puros según Dios (Mateo 5:8). Sus pensamientos, sus palabras, sus escritos son blasfemias. No se les conoce, según el mundo, por grandes pecados, pero sin embargo viven en pecado, porque la pureza según Dios es *"obediencia a la verdad"* (1 Pedro 1:22). Si reniegan y niegan a Dios, si con Renan<sup>2</sup> gritan: *"Padre nuestro de la nada"*, para ellos es mejor creer en sí mismos y adorarse a sí mismos. Este pecado es el árbol maldito. Todos los demás pecados son solo los frutos de este árbol (Romanos 7:5). Este orgullo del espíritu humano que, a instancias de Satanás (Isaías 14:13-14), quiere suplantar a Dios, engendra todos los pecados. Es la causa de las guerras y todos los males. El pecado de algunos intelectuales, alienta los pecados de las clases ignorantes. Después de haber socavado en nombre de la razón todas las bases religiosas, o simplemente después de haber puesto en duda los valores más sagrados, no debería extrañarnos que todo se tambalee.

*"No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará"* (Gálatas 6:7).

Vosotros que estáis influidos por el ejemplo de ateos e incrédulos que conocéis, recordad que pecar es oponerse a la voluntad de Dios, destronar a Dios. No nos dejemos engañar por las bellas apariencias ni nos dejemos llevar por las divagaciones de nuestra mente. ¡Recordemos a nuestro Creador mientras aún hay tiempo! (Eclesiastés 12:1). Reconciliémonos con Él (Job 22:21), antes de que el Dios vivo nos lleve a juicio ante Él (Eclesiastés 11).

Nuestro destino es glorificar a Dios; si fallamos nos acercamos a la bestia. Si nos preocupa el problema del mal, el pecado, el sufrimiento, la injusticia; si consideramos a Dios injusto o impotente, comprendamos lo que somos, hijos del polvo, átomo en el espacio, relámpago en el tiempo, y veremos cuán miserables son nuestras dudas.

¿Quiénes somos para analizar a Dios, pesarlo en nuestra balanza, someterlo a nuestras apreciaciones humanas y a nuestra crítica insensata? El objeto formado, ¿dirá al que lo formó: *"Por qué me has hecho así"* (Ro-

manos 9:20)? Si pudiéramos sondear todos los problemas, ya no seríamos criaturas, sino Dios mismo. Aprendamos a conocerlo a Él y a conocernos a nosotros mismos, y descubriremos que el pecado y la injusticia están en nosotros y no en Dios. El rechazo de Cristo, el Santo y el justo, un rechazo que continúa a través de los siglos, ¿no es una prueba de la injusticia del hombre y de su estado de pecado?

¿No es nuestro orgullo, nuestra vanidad lo que nos ciega? Aceptemos las respuestas de la fe y entenderemos. Son los dioses, profanos o religiosos, que hemos elegido nosotros mismos, los que son injustos y nos han engañado. Son los que debemos rechazar para volver al Dios verdadero a quien hemos ignorado y abandonado. La cristiandad ha regresado al paganismo. Bajo un barniz de cristianismo, ha creado una nueva mitología. Este es su pecado y su ruina.

Solo volviendo a Dios, inclinándonos ante Él, seremos salvos. En el reconocimiento de su soberanía absoluta y en la humilde confesión de nuestra dependencia, encontraremos paz. Podremos comprender que sus pensamientos no son nuestros pensamientos (Isaías 55:8). Seremos capaces de admitir que el Dios Creador puede tener pensamientos y puntos de vista que están más allá de nuestra comprensión.

Tras estas consideraciones que consideramos necesarias para la comprensión adecuada de nuestro tema, decimos, por tanto, que el objeto directo de la fe no es la existencia de Dios, sino Dios mismo, tal como se revela en Jesucristo (Juan 17:3), y de lo cual da testimonio la Sagrada Escritura (Juan 5:39). Por tanto, el objeto de la fe incluye todas las verdades reveladas por Dios, que se encuentran unidas en una sola persona, Jesús (Efesios 4:21), el santo y verdadero (Apocalipsis 3:7). Cristo es el objeto inmutable de la fe, pero uno no puede ni debe separar las verdades bíblicas de su adorable persona.

Debido a que todavía solo conocemos en parte (1 Corintios 13:12), puede haber diferencias en la interpretación de los detalles. Por otro lado, aquel que dice tener fe y niega ciertas verdades bíblicas, como la eterna preexistencia de Cristo, su divinidad, los milagros, la resurrección, o que espiritualiza verdades claramente establecidas, solo tiene una fe vana, hipócrita y muerta (1 Corintios 15:14, Mateo 15:7-9, Santiago 2:26). Eso no es fe, sino incredulidad disfrazada bajo el manto de la fe (Santiago 2:14).



Por otro lado, si la fe se aparta de su objeto único, que contiene toda la revelación, para centrarse en las tradiciones humanas, incluso las más antiguas y las más dignas de respeto (Colosenses 2:23), o en las concepciones científicas, incluso las más plausibles (Colosenses 2:8), pierde al mismo tiempo su carácter esencial, al dejar de ser exclusivamente religiosa.

Al concluir este capítulo, resumiré lo que debemos creer de acuerdo con las Escrituras para ser salvos.

Para tener vida eterna debemos creer con el corazón que Jesucristo venido en carne es el único y eterno Hijo de Dios (Juan 3:16, 1 Juan 4:2). Esta fe no es intelectual, no es una opinión teológica, sino una certeza, una convicción que nos lleva a actuar, a confiar en Él y a someter toda nuestra vida a su control (Gálatas 2:20). Debemos creer en el evangelio (Romanos 1:16). Este evangelio, por el cual somos salvos, nos dice que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, que fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras (1 Corintios 15:1-4). Creer en el evangelio implica reconocer a Jesús como Salvador y Señor de todo nuestro ser (1 Corintios 6:19-20).

Para ser salvos debemos confesar con nuestra boca a Jesús como Señor y creer en nuestro corazón que Dios lo levantó de los muertos (Romanos 10:9). Esto involucra fe en su divinidad, porque si a nuestros ojos Jesús nació según la carne de la simiente de David, Él fue determinado Hijo de Dios en poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos (Romanos 1:4).

La resurrección de Cristo, demostración de su divinidad, se convierte en el fundamento de nuestra fe en su muerte expiatoria. Nuestra fe en la obra redentora de Cristo encuentra en la resurrección del Señor el sello de Dios en la vida de Jesús y en su sacrificio, y su aprobación de esa vida y ese sacrificio (Romanos 4:25). Al resucitar Cristo, se nos induce a creer en su ascensión en gloria (Efesios 1:20), en su permanente intercesión por nosotros y en su poder para librarnos del pecado (Hebreos 7:25).

Para ser salvos, debemos creer que Jesús puede y quiere perdonar nuestros pecados (Lucas 7:36-50). Al creer esto, reconocemos y confesamos que Jesucristo es Dios, porque solo Dios puede perdonar los pecados (Marcos 2:7). *"Cree en el Señor Jesucristo -dijeron Pablo y Silas al carcelero de Filipos-, y serás salvo"* (Hechos 16:31). De esta afirmación y esta cir-

cunstancia se hace evidente que el objeto de la fe es Cristo, una persona, y no una serie de verdades. Pero al creer en esa persona y luego aprender su Palabra, también recibiremos todas las verdades que se relacionan con nuestro Salvador, con quien formarán para nosotros una realidad viva.

Por lo tanto, la fe salvadora es más que una adhesión intelectual a las verdades reveladas en la Biblia, y mucho más que la simple confianza en la palabra de un hombre. La confianza, sin embargo, es de suma importancia como punto de partida de la fe. Pero la Palabra revelada, objeto de esta confianza, sólo debe servir para llevarnos a la verdad divina contenida en ella, para presentarnos a la persona viva de quien emana la Escritura. La fe es más que apropiarse de ciertas promesas. Nos hace vivir una relación íntima con Dios mismo, conocido como Padre, y con su amado Hijo conocido como Salvador, Amigo y Señor de nuestra vida.

*“Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12).*

---

**1** ► Friedrich Wilhelm Nietzsche (1844-1900), fue un filósofo, poeta, músico y filólogo alemán.

**2** ► Joseph Ernest Renan (1823-1892), conocido simplemente como Ernest Renan, fue un escritor, filólogo, filósofo, arqueólogo e historiador francés.

## 5. Motivo de la fe

El motivo que nos hace admitir que algo es cierto puede ser triple:

- ▶ **Es obvio.** Todo el mundo reconoce, por ejemplo, que la parte es más pequeña que el todo.
- ▶ **Puede verificarse** mediante la experiencia o demostrarse mediante el razonamiento, como es el caso de todas las leyes físicas y teoremas de geometría.
- ▶ **Por el testimonio** de otros.

Sería absolutamente ridículo e irrazonable admitir como verdadero sólo lo que es obvio y lo que se puede demostrar experimental o lógicamente. Si este fuera el caso, la historia tendría que ser suprimida porque, ¿cómo establecer la existencia de César, Juana de Arco, Napoleón, etc..., mediante otras pruebas que el testimonio? Sin fe la vida humana se detendría, porque la fe se ejerce en un terreno inmenso, ya que todos creen infinitamente más cosas de las que ven o han verificado científicamente.

El motivo de la fe no es la evidencia ni la posible verificación de las verdades que se nos enseñan, es el testimonio que descansa en la autoridad de Dios. Por tanto, cualquier acto de fe puede formularse como: *"Creo porque Dios lo ha revelado y Dios es la verdad soberana, incapaz de mentir y de engañarnos"*. El acto de fe supone, pues, como establecido el hecho mismo de la Revelación. Es obvio que solo se puede creer a una persona si se está seguro de antemano de que esa persona ha hablado.

Por tanto, la razón de la fe se basa en la confianza en Dios que ha hablado y en la veracidad de su testimonio. Este testimonio fue confirmado visiblemente por la venida de Jesucristo a la tierra, nacido en Palestina durante el mandato del emperador romano Tiberio, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea y Herodes tetrarca de Galilea (Lucas 3:1). Dios no quería seguir siendo el *"Dios no conocido"* a quien los griegos habían

levantado un altar (Hechos 17:23), ni el Dios que se esconde (Isaías 45:15) y a quien los israelitas servían. Para ambos, quería convertirse en un Dios cercano y conocido. Después de revelarse a los padres a través de los profetas, nos habló en el Hijo o por el Hijo (Hebreos 1:2). Dejando la gloria y la luz inaccesibles, habitó entre los hombres en un cuerpo de carne como el nuestro, pero sin pecado (Romanos 8:3, Hebreos 4:15). Jesucristo, el Verbo divino, el Verbo encarnado (Juan 1:14), la imagen del Dios invisible (Colosenses 1:15), el resplandor de su gloria, la imagen misma de su sustancia (Hebreos 1:3), vino en medio de los hombres a revelarles la gloria del Dios incorruptible (1 Timoteo 1:17). Sí, la gloria de Dios, justicia, santidad, poder, luz, verdad, amor y gracia, este maravilloso conjunto de perfecciones divinas se manifestó en Jesucristo, quien caminó y habló en la tierra. Además, quien contempla a Jesús en los Evangelios, aún hoy se enfrenta inevitablemente con esta alternativa, decidir a favor o en contra de Él (Lucas 11:23). No se puede tener una actitud neutral ante Jesucristo, porque Él no es solo una gran figura histórica, sino la revelación de Dios en la carne, el Verbo por quien fueron creadas y por quien todas las cosas subsisten (Colosenses 1:16-17); el santo y el justo, negado y muerto por mano de hombres inicuos, a quien Dios levantó de los muertos, haciéndolo juez de vivos y muertos (Hechos 10:42). Todos los profetas y apóstoles dan testimonio de que por su nombre todo el que cree en Él, recibe la remisión de los pecados, y que de todo lo que los hombres no pueden ser justificados por la ley de Moisés, el que cree es justificado por Él (Hechos 10:43).

La partida de Jesucristo de la escena de este mundo no es una desaparición, sino una breve ausencia a los ojos de aquel para quien un día es como mil años y mil años como un día (2 Pedro 3:8). Su resurrección no es una leyenda inventada por vulgares impostores. Es una certeza establecida en varias pruebas seguras (Hechos 1:3, 1 Corintios 15:4-8), y atestiguada por testigos tanto o más dignos de confianza que Heródoto<sup>1</sup>, Josefo<sup>2</sup> o Michelet<sup>3</sup>, los grandes historiadores que nos documentan sobre la historia antigua, la historia judía y la historia de Francia.

Después de encontrar el sepulcro vacío, ojos como los nuestros vieron las marcas de los clavos de la crucifixión en Cristo resucitado. El dedo de Tomás tocó los estigmas que los clavos dejaron en las manos de Cristo, y metió su mano en el costado atravesado por la lanza del soldado romano en el monte Gólgota (Juan 20:24-29).

Luego, después de ser visto y oído por sus discípulos durante cuarenta días (Hechos 1:3), habiéndoles prometido que volvería, ascendió al cielo, de donde había venido, y se sentó a la diestra de Dios (Hechos 1:9, Hebreos 10:12, Filipenses 2:9-11).

Según el testimonio de los apóstoles, Jesucristo murió por nuestras faltas en el Calvario y resucitó para nuestra justificación (Romanos 4:25), actualmente está vivo en el cielo y está presente en la tierra a través de su Espíritu en los corazones de todos los que creen. Desde el Monte de los Olivos, los apóstoles pudieron seguir con sus ojos la ascensión de su amado Maestro, recibido por una nube que le ocultó de su vista (Hechos 1:9). Esteban, Pablo y Juan vieron el cielo abrirse y contemplaron y escucharon cosas inefables que el hombre no puede describir ni expresar. Desde entonces, fueron testigos vivos y fervientes de su Maestro, invisible a los ojos del mundo, pero presente en su corazón por el Espíritu Santo. Sabían donde estaba su Señor. El Espíritu Santo que descendió sobre ellos el día de Pentecostés había sido el cumplimiento de la promesa de Jesús: *"Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré... Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad..."* (Juan 16:7-13).

También conocían la actividad de su Señor en la gloria. Estaba preparando lugar en la Casa del Padre (Juan 14:2) para ellos y para todos los que creyeran en Él por su testimonio. Sabían que estaba ocupado intercediendo por ellos ante el Padre como un Sumo Sacerdote fiel que podía compadecerse de sus debilidades, habiendo sido tentado en todas las cosas como ellos, pero sin pecado (Hebreos 4:15). Tenían la certeza de que Él era su abogado divino, el garante de su salvación, adquirida a costa de su vida, la propiciación por sus pecados, y no solo por los de ellos, sino también por el mundo entero (1 Juan 2:1-2). Sabían que estaba listo para volver a por ellos (1 Corintios 15:51-53; 1 Tesalonicenses 4:13-18), y luego establecer su reino en el día y la hora que sólo el Padre conoce (Mateo 24:36). Ignorando el día y la hora del regreso de su Maestro, vivían constantemente en esta expectativa, vigilando sin cesar sus pensamientos, sus palabras, su conducta, para ser considerados dignos de Él en su venida (1 Tesalonicenses 5:23).

Testigos de las cosas que habían visto y oído, la mayoría de los apóstoles murieron mártires por el testimonio de Jesús y por la Palabra de

Dios. Sin embargo su voz no ha sido silenciada. Aunque muertos, todavía hablan. Hablan a través de sus escritos divinamente inspirados y con el mismo ardor que antaño, os suplican, queridos lectores, si aún no lo habéis hecho, que recibáis su testimonio aceptando a Cristo como vuestro Salvador personal. Ni el mundo ni los hombres tienen excusa. Jesucristo, el Hijo Eterno de Dios, crucificado en debilidad, resucitado en poder y otorgando perdón de pecados y vida eterna a todo aquel que cree (Juan 3:16) es la razón suprema para creer.

Jesús dijo: *“Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas. Al que oye mis palabras, y no las guarda, yo no le juzgo; porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo. El que me rechaza, y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero. Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar. Y sé que su mandamiento es vida eterna. Así pues, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho”* (Juan 12:46-50).

*“Si yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado”* (Juan 15:22).

---

**1 ►** Heródoto de Halicarnaso (484-425 a. C.) fue un historiador y geógrafo griego, tradicionalmente considerado como el padre de la Historia en el mundo occidental. Fue el primero en componer un relato razonado y estructurado de las acciones humanas.

**2 ►** Tito Flavio Josefo (37-100) fue un historiador judeorromano del siglo I, que nació en Jerusalén (entonces parte de la Judea romana). Registró la historia judía, con especial énfasis en el siglo I y la primera guerra judeo-romana (66-70 d. C.), incluyendo el asedio de Masada. Sus obras más importantes fueron *La guerra de los judíos* (c. 75) y *Antigüedades judías* (c. 94). *La guerra de los judíos* relata la revuelta judía contra la ocupación romana. *Antigüedades judías* describe la historia del mundo desde una perspectiva judía para una audiencia aparentemente griega y romana. Estas obras proporcionan información valiosa sobre el judaísmo del siglo I y los antecedentes del cristianismo primitivo, aunque este no es mencionado específicamente por Josefo. Las obras de Josefo son la fuente principal junto a la Biblia para la historia y la antigüedad de la antigua Palestina.

**3 ►** Jules Michelet (1798-1874) fue un importante historiador francés.

## 6. De dónde procede la fe

La fe, fruto de la gracia divina, es obra del Espíritu Santo en nosotros. Él es totalmente libre, puede operar en el hombre de formas muy diferentes. Nunca está sujeto a reglas establecidas de antemano. Puede apoderarse repentinamente de un individuo hasta ahora opuesto a Dios y convencerlo, así como también puede actuar de manera progresiva sometiendo su inteligencia y su voluntad a su acción bendita.

Siendo la razón de la fe la autoridad del testimonio divino, para creer, escuchar, conocer este testimonio, es necesario estar seguro si Dios ha hablado. Esto se consigue leyendo la Biblia y estudiando las razones que nos hacen creer en la existencia de la revelación divina. Entonces, acerquémonos a la Palabra y, siguiendo el consejo de Jesús, *“escudriñemos las Escrituras”* (Juan 5:39). En ellas encontraremos poderosas razones para creer. Frente al contenido de la Biblia, considerando su formación, su existencia y su preservación a través de los siglos, sus efectos en el mundo y en el corazón de los hombres, obtendremos convicciones. Solo recordemos, mientras la leemos, que la Biblia es un libro para niños pequeños y para grandes científicos, pero que permanece cerrada a aquellos que se creen sabios y que hacen de la inteligencia un fin y no un medio. Cuando el espíritu haya obtenido la seguridad de que Dios ha hablado en este Libro, se dará un gran paso en la dirección de la fe, y la razón por la que creer será en la autoridad del Dios que no puede mentir.

Sin embargo, para que el espíritu se incline cuando hemos adquirido la certeza de la revelación, el acto de fe mediante el cual nos adherimos de corazón al objeto de la fe requiere la cooperación de la voluntad por dos razones:

- ▶ El hombre puede resistirse a la gracia que se le ofrece. *“... no queréis venir a mí para que tengáis vida”* (Juan 5:40).
- ▶ Porque las razones para creer, aunque suficientes para generar

certeza, pueden dejar dudas en un alma mal dispuesta. Para que la mente se doblegue, debemos querer y amar la verdad, a pesar de cualquier sombra que todavía la envuelva, o cualquier oposición que haya entre lo que la fe prescribe y las inclinaciones de nuestro corazón. Tal como dijo Agustín de Hipona<sup>1</sup>: *“el hombre no puede creer sin querer”*.

Dejadas a sí mismas, la inteligencia y la voluntad humanas no pueden llegar a la fe. La intervención de la gracia es necesaria por tres razones:

► Para iluminar y orientar nuestra mente, para que elimine errores y prejuicios que podrían impedirle reconocer el hecho de la revelación, y recibir en el corazón las verdades que contiene y que, lejos de ser evidentes, están más allá de nuestra inteligencia.

► Para purificar y fortalecer la voluntad. La gracia debe inclinar el corazón a aceptar verdades que repugnan a sus pasiones. El acto de fe, de hecho, no es solo teórico, es decir, una adhesión intelectual a las verdades del cristianismo. La verdad incluye no solo la doctrina, sino también una vida que debe manifestarse de manera práctica en nuestra existencia diaria.

► Porque la fe nos transporta a un terreno sobrenatural, y solo la gracia puede salvar este abismo que separa lo visible de lo invisible.

De lo que precede, y según la enseñanza de las Escrituras, se sigue, pues, que la fe es:

► Un don de Dios, que se convierte en quien lo recibe en *“el medio de salvación”*, el vínculo que une su corazón a Dios, fuente única de toda gracia (Efesios 2:8). Como todos los demás dones de Dios, este es gratuito y está disponible para todos. Dios no hace acepción de personas. Se te ofrece hoy a ti, querido lector.

► La Palabra de Dios es el instrumento que Él elige y usa para comunicarnos nuestra fe (Romanos 10:17, Hechos 4:4). Esta es la realidad de la fe salvadora. Fue al escuchar la Palabra del Señor, predicada por Pablo y Silas, que el carcelero de Filipos fue llevado a la fe y fue bautizado (Hechos 16:32-33). Este es también el caso de la fe del creyente que obtiene respuesta a su oración. La oración poderosa es aquella que se basa en las promesas de Dios, pero para ello es ne-



cesario conocerlas. En consecuencia leamos la Biblia y alimentemos nuestras almas con la Palabra de Dios, que no puede mentir. Esto es válido para la fe en todos sus aspectos. La fe viene de la Palabra de Dios y crece al alimentarse de ella. Si queremos que otros lleguen a la fe, o que crezcan en ella, démosles la Palabra de Dios e instemos a que la lean todos los días.

► La fe es obra del Espíritu Santo (Juan 16:8-11) que hace que la palabra cobre vida y penetre en el corazón.

La lectura de la Biblia nos hace descubrir la santidad, la justicia y el amor de Dios, en contraste con nuestra impureza, nuestro pecado y la malicia de nuestro corazón. Estamos llamados a reconocer nuestra condición y romper, a través del verdadero arrepentimiento, con nuestro pasado. La verdadera fe implica la confesión y el abandono del pecado. Es inseparable del arrepentimiento real (Hechos 2:38, 3:19), cuyo elemento principal es un cambio que nos lleva a Cristo. Esta conversión, que conduce al nuevo nacimiento, es obra del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo llama a todos los hombres. Desde su venida a la tierra *"convence al mundo de pecado, de justicia y de juicio"* (Juan 16:8). Si el hombre se resiste a esta convicción, silenciando la voz de su conciencia, entonces permanece en su estado de pecado y ya solo le cabe esperar la ejecución del juicio de Dios. Jesús incluso dice *"que ya ha sido condenado"* (Juan 3:18). Si, por el contrario, abre su corazón a la obra del Espíritu Santo y confiesa su miseria, el Espíritu Santo, arrancándolo de sí mismo, de su pecado, lo lleva a la cruz del Calvario y le presenta a Cristo, el perfecto Salvador que cargó con todos sus pecados.

Si queremos recibir fe, no nos resistamos a la convicción de pecado que el Espíritu Santo quiere crear en nosotros a través de la Palabra de Dios. Para entrar en el Reino de Dios se requieren dos condiciones: *"arrepentirse"*, una condición negativa que relega al hombre al polvo, y *"creer en el Evangelio"*, una condición positiva que coloca al hombre regenerado en el cielo, donde está sentado Cristo (Marcos 1:15, Efesios 2:6).

► Jesús es el autor y consumidor de la fe (Hebreos 12:2). Para ser

guiados por el camino de la fe, debemos seguir a Jesús. Es el guía de nuestra fe. En su caminar aquí, nos marcó y abrió el camino. Ahora nos atrae y nos ayuda a seguirlo. Jesús en su vida terrenal perfeccionó la fe. Mostró a los hombres lo que la fe puede hacer, lo que es, lo que vale y cómo pone a Dios por encima de todo. También quiere perfeccionar la fe en nosotros, cuando Él mismo se convierte en el objeto de nuestra fe y luego puede transformar a su imagen a quienes lo contemplan. Hace de la fe en Él el secreto de una vida pacífica, santa y triunfante. Esta vida solo es santa en relación con Cristo. El progreso en la fe no mejora mi naturaleza, que sigue siendo malvada. La fe crece en mí cuando aparta la mirada de mí y la fija en Cristo. No tengo, y nunca tendré, en mí mismo sabiduría, justicia o santidad, pero mi fe en Cristo me imputa sabiduría divina, justicia, santidad y redención (1 Corintios 1:30).

Si deseamos tener fe, pidámosla a Dios en oración, mediante la cual confesamos nuestra impotencia y nuestra dependencia, para que nos abra los ojos. Entonces sabremos que la fe no es más que un gran sí dicho a Dios, una palabra que está cerca de nosotros, en nuestra boca y en nuestro corazón (Romanos 10:6-10).

Si queremos que se afirme nuestra fe, confiemos en las promesas de Dios. Porque no dudó de la promesa de Dios, Abraham fue fortalecido en la fe, y pudo dar gloria a Dios (Romanos 4:20). Para que nuestra fe no vacile, apartemos la vista del mundo y las circunstancias, y fijémonos en Jesús (Mateo 14:29-31). Si quieres llevar un alma a la fe, ponla cara a cara con las promesas divinas y mantén su atención en ellas. Un gran obstáculo para la fe proviene de buscar la gloria de los hombres, en lugar de buscar solo la que viene de Dios (Juan 5:44). La fe nunca puede florecer en una atmósfera de egoísmo, auto-realización y orgullo.

*“¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas! Mas no todos obedecieron al evangelio; pues Isaías dice: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios”* (Romanos 10:15-17).

---

1 ► Agustín de Hipona, conocido también como san Agustín (354-430), fue un escritor, teólogo y filósofo cristiano. Después de su conversión, fue obispo de Hipona, al norte de África y dirigió una serie de luchas contra las herejías de los maniqueos, los donatistas y el pelagianismo.

## 7. Carácter de la fe que salva

Dijimos en nuestro segundo capítulo que la fe es creer. Sin embargo, apresurémonos a distinguir entre fe y fe. Podemos decir que creemos y no ser salvos. Podemos decir que tenemos fe (Santiago 2:14) y vivir en una trágica ilusión. Jesús no se fiaba de muchos de los que creían en Él (Juan 2:24). La verdadera fe no es una profesión intelectual, externa, sino una realidad interior, que produce frutos conforme a la vida de Dios en nuestra vida exterior. La fe basada en el sentimiento, el sentimentalismo, no es la verdadera fe. Si los milagros de Jesús fueron para aquellos que los vieron una razón convincente para creer (Juan 8:38, 14:11), si pudieron producir fe en una minoría de personas sinceras (Juan 4:53), la mayoría de las veces producen una fe falsa en los hombres carnales (Juan 6:2, 14-15, 30, 41, 66), y en los que no son sinceros incredulidad (Juan 5:14-18, 9:13-14, 11:46-53, 12:37-41). “... *bienaventurados los que no vieron, y creyeron*” (Juan 20:29).

Muchos de los que se sienten profundamente conmovidos en las reuniones se vuelven atrás. En realidad no habían “nacido de nuevo”, no habían recibido la vida eterna. Es posible experimentar emociones, incluso sentirse profundamente conmovido, sin que el corazón cambie realmente. Los mayores dones espirituales no pueden reemplazar el fruto del Espíritu (Gálatas 5:22). Un gran ardor, una alegría exuberante tampoco prueban que el alma haya recibido la vida eterna.

La Escritura advierte solemnemente sobre la posibilidad de recibir en vano la gracia de Dios, de empezar bien y luego caer de la gracia (2 Corintios 6:1, Gálatas 5:4). Más de una vez el Señor habla de quienes reciben la Palabra con alegría, pero que no tienen raíz en sí mismos. Solo creen durante un tiempo (Lucas 8:13). Esto explica por qué personas que han sido tomadas por verdaderos creyentes han caído sin esperanza de regresar. Superficiales, no han perseverado en la fe (Hechos 14:22), no la siguieron (2 Timoteo 2:22), y Satanás, después de engañarlos por un tiempo acerca

de su estado real, los usa para desacreditar la verdadera fe con sus negaciones. El apóstol Pedro en su segunda epístola les aplica este proverbio: *"El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno"* (2 Pedro 2:22). Su caso es grave, porque después de haber sido iluminados una vez y haber probado el don celestial, ya no tienen la excusa, al rechazar a Cristo, de no saber lo que hacen. Además, la carta a los hebreos nos dice que es imposible que los que *"recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio"* (Hebreos 6:6).

Después de que Jesús advierte contra una profesión de fe aparente, pero sin una realidad profunda, el apóstol Pablo nos muestra que podemos tener una fe que mueva montañas, y sin embargo ser nada, si nos falta el amor (1 Corintios 13:2). No más que muchas palabras piadosas (Mateo 7:21), las acciones extraordinarias no son prueba de la verdadera fe. Ésta tiene su fuente y manifestación en el amor de Dios. La fe conduce a los hombres a ser y no a parecer. El apóstol Santiago también reprende a los que se jactan de su fe mientras llevan una vida culpable. Les dice: *"Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan"* (Santiago 2:19).

No basta con proclamar que Jesucristo es el Hijo de Dios. Pedro lo hizo (Mateo 16:16), pero también los demonios. Escuchemos lo que dijeron: *"Sé quién eres, el Santo de Dios"* (Marcos 1:24), y también: *"¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo?"* (Marcos 5:7). Algunos de nuestros lectores pueden saber quién es Cristo. Quizás incluso tengan un conocimiento muy ortodoxo de su persona y su obra. Pero deben recordar que este conocimiento por sí solo no puede salvarlos. El conocimiento de Dios no es un fin en sí mismo, no tiene valor en sí mismo. Es un servicio cuyo valor viene dado por su objeto, su tarea, su objetivo, honrar a Dios (Colosenses 1:9-10). *"El conocimiento de Dios no es un conocimiento que nos deja intactos, es un conocimiento que nos entrena. Dios nos lleva a su servicio. No nos deja ser nosotros mismos y conocerlo de forma independiente. Se convierte en todo para nosotros"*.<sup>1</sup> Pedro y los demonios confesaron a Cristo con fórmulas casi idénticas. Pero Pedro, al hacerlo, actuaba bajo la inspiración divina, mientras que los demonios obedecían al miedo. Por eso el Señor, que lee los corazones, que mira el origen y la naturaleza de la confesión, puede llamar a Pedro *"bienaventurado"* (Mateo 16:17), y decirle al demonio: *"¡Cállate...!"* (Marcos 1:25). Pedro creyó y amó, porque

había sido amado primero (1 Juan 4:19), los demonios saben, creen, pero no conocen el amor que echa fuera el temor (Santiago 2:19, 1 Juan 4:18).

Cuidado con el conocimiento bíblico frío y seco. Podemos saber todo sin tener fe. La fe convierte las verdades conocidas en realidades en nuestras vidas. Ya no sabemos, no creemos, porque se nos haya dicho, sino que sabemos y creemos por haber experimentado el amor del Señor (Juan 4:42). Por tanto, tengamos cuidado en no confundir la fe con los sentimientos religiosos, con las acciones espectaculares o con un amplio conocimiento doctrinal.

Entonces, ¿cómo podemos reconocer a los verdaderos creyentes? Mediante este principio universal: *"... por sus frutos los conoceréis"* (Mateo 7:20). Una prueba indiscutible de que somos hijos de Dios será nuestra perseverancia en la santidad y en la obediencia a la Palabra de Dios. (Hebreos 12:4). Entonces el Espíritu Santo dará testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios (Romanos 8:16). Esta es la primera característica de la verdadera fe. Esta fe solo nos da la seguridad de nuestra salvación en una comunión viva con el Salvador viviente y en un caminar en la luz (1 Juan 1:6-7). Esto no significa que el creyente no peque, pues *"... todos ofendemos muchas veces"* (Santiago 3:2). Teniendo fe, nos será imposible vivir en un estado de pecado, practicar la iniquidad (1 Juan 3:4-12). Sin embargo, si no estamos siempre velando, si nuestros ojos no están fijos constantemente en Jesús, una caída, o incluso varias, es inevitable. Sin embargo, esto es solo un accidente del cual podemos ser restaurados, al confesar nuestro pecado a aquel que es fiel y justo para perdonarnos y limpiarnos de toda maldad (1 Juan 1:9, Proverbios 28:13). El pecado rompe la comunión con Dios, y es imposible que quien la haya probado pueda vivir sin ella (ver Salmos 32 y 51). Ciertamente el Señor ha dicho de sus ovejas: *"... yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano"* (Juan 10:28). Sin embargo, según el contexto, estas palabras solo pueden dar seguridad a las ovejas que escuchan la voz del buen pastor y lo siguen (Juan 10:27). Para ellas sí hay total seguridad, y junto al apóstol Pablo, confiando solo en Cristo en quien se encuentran, y no en su fidelidad, pueden clamar en todas sus miserias y sus fracasos: *"Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús... Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de*

*Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 8:1, 38-39). ¡Este cántico de triunfo es el de la verdadera fe!*

Quede bien entendido que la fe verdadera da la plena seguridad de la salvación. Pero perezca esta concepción falsa y diabólica, que hace de la fe una póliza de seguro contra los riesgos del castigo eterno. Nadie recibe la seguridad de su elección como una carta de inmunidad para luego vivir como mejor le parezca. La fe es una ley moral en el corazón del creyente y el germen de una nueva personalidad (2 Corintios 5:17). Lejos de conducir a la relajación moral, produce buenas obras necesaria y espontáneamente (Efesios 2:10). De hecho es la muerte al pecado, que es destruido en su raíz por la unión del pecador con Cristo crucificado y resucitado (Romanos 6).

Resumamos ahora las características de la verdadera fe tal como las encontramos descritas en la Biblia. La fe que salva es la del corazón (Romanos 10:9-10). En las Escrituras, el corazón es el lugar que contiene el pensamiento, los sentimientos, la voluntad (Marcos 7:21-23). La fe del corazón es, por tanto, una fe que gobierna el pensamiento, los sentimientos y la voluntad. Se manifiesta externamente por la realización de las obras que Dios ha preparado de antemano para que caminemos en ellas (Efesios 2:10, ver también Hebreos 11 y Santiago 2:14-25). De esta forma se concilian las doctrinas de Pablo y Santiago. Para ambos, la fe que salva es la que produce obras, y las obras que Dios aprueba son las producidas por la fe (Romanos 4:2-8, Santiago 2:18-26). La fe sin obras está muerta, y la fe muerta no es fe.

La fe que salva actúa por amor (Gálatas 5:6). La verdadera fe está siempre unida al amor. Podemos tener fe sin amor (1 Corintios 13), pero no podemos tener amor verdadero sin fe. *“Podemos confesar que Cristo vino y no amarlo, pero es imposible amar a Cristo sin proclamar que Él vino”* (Agustín de Hipona).

La fe salvadora recibe a Cristo, quien se da a sí mismo a nosotros como Salvador, como libertador, como Señor. Da la seguridad del perdón de nuestros pecados sobre la sola base de la obra expiatoria de Cristo (Romanos 3:24-25). Nos libera del poder del pecado, enseñándonos a confiar enteramente en Cristo (Juan 8:36, Romanos 8:2-4). Finalmente, somete sin reservas nuestra mente a las enseñanzas del Maestro y nuestra vida a su absoluto control. La fe salvadora confía únicamente en Cristo. Es inquebrantable, sabe en quien cree (2 Timoteo 1:12).

Invoca el nombre del Señor (Romanos 10:13-14). No retrocede a la hora de confesar públicamente el nombre de Jesucristo y no siente vergüenza de hacerlo. Cumple con su servicio a pesar de los peligros y pruebas (Hebreos 10:38-39). Soporta la prueba que la purifica y fortalece para alabanza, honor y gloria de Dios (1 Pedro 1:7).

En el pasaje de Hebreos 11:1 encontramos dos características de la fe: *"es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve"*. La fe percibe lo invisible y capta las realidades espirituales. Así como nuestros sentidos nos conectan con el mundo físico, la fe nos conecta con el mundo espiritual. Lo que afirma en el ámbito espiritual es tan valioso como lo que afirman los sentidos en el ámbito físico, o la razón en el ámbito científico.

Si la fe salvadora no se basa en la evidencia, sin embargo, no es ni credulidad ni especulación, ya que tiene sus propios motivos y métodos de demostración. Lejos de ser ciega o caer en la ignorancia, sabe en quién cree (2 Timoteo 1:12). Conoce, a su manera, lo que sobrepasa toda inteligencia (Efesios 2:18; Juan 6:69). Entiende lo que solo los santos pueden entender (Efesios 3:18). En una palabra, la fe tiene su certeza independiente de la lógica, cómo *"el corazón tiene sus razones que la razón no conoce"* (Pascal)<sup>2</sup>. Vemos que de los tres elementos de la fe: un conocimiento más o menos claro de su objeto, es decir de Dios, la convicción de que la Palabra es verdadera, y la confianza en Él, es el último el que constituye esencialmente la fe religiosa. Pascal lo definió como *"Dios sensible al corazón"*.

*"Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él; pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas. Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios; y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él"* (1 Juan 3:18-22).

---

1 ► Karl Bath "La confesión de fe de la Iglesia". (Nota del autor).

2 ► Blaise Pascal (1623-1662), matemático, físico, teólogo, filósofo y escritor francés.

*Creo en Dios porque creo a Dios.*

Miguel de Unamuno



## 8. Obra y resultados de la fe

La obra de la fe es inmensa, sus resultados innumerables. Nos hace entrar en posesión de la *"gran salvación"* de Dios (Hebreos 2:3), que no podemos descuidar sin perder nuestro destino en la tierra y, en última instancia, sin incurrir en la perdición eterna. Solo ella se apropia de esta salvación gratuita ofrecida a todos, por la gracia soberana de Dios (Efesios 2:8, Romanos 1:16, 1 Timoteo 2:4).

Dios declara que el hombre no solo no tiene que realizar su salvación, sino que no puede. Cristo es el único autor de la misma (Hebreos 5:9). Él lo cumplió todo en la cruz (Juan 19:30) para salvarnos por completo (Hebreos 7:25). No tenemos ni podemos añadir nada, porque nadie será justificado por las obras de la ley (Gálatas 2:16).

A los que una vez le preguntaron: *"¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?"*, Jesús respondió: *"Ésta es la obra de Dios, que creáis en el que Él ha enviado"* (Juan 6:28-29).

Enumeremos ahora algunas de las acciones de la fe:

- ▶ La fe en Cristo nos aplica todos los resultados de su obra expiatoria y nos reconcilia con Dios por toda la eternidad (1 Corintios 1:30-31, 2 Corintios 5:18).
- ▶ A través de ella recibimos el perdón de todos nuestros pecados, un perdón inmerecido, pero efectivo en virtud de la sangre derramada por el Salvador (Colosenses 2:13). Este perdón se convierte en nosotros en una fuente inagotable de reconocimiento y amor.
- ▶ Somos justificados por el principio de fe. La justificación total que Dios nos ofrece y que constituye el gran tema de la carta a los romanos, se basa en la maldición que cayó sobre Cristo (Gálatas 3:13). Por fe hacemos nuestra esta oferta, que nos da paz con Dios para todo nuestro pasado, su favor para el presente y la esperanza

de gloria para toda la eternidad (Romanos 5:1-2).

► Recibimos la vida eterna por fe (Juan 3:16). Cristo es la vida (Juan 14:6); la fe en Cristo nos comunica esta vida (1 Juan 5:11). La tenemos desde el momento en que creemos (Juan 5:24, 1 Juan 5:13), y no podemos perderla (Juan 10:28).

► Por la fe recibimos el derecho de ser hijos de Dios (Juan 1:12-13). Cuando aceptamos a Cristo, Dios nos adopta en su familia y nada puede romper esa relación de los hijos con su Padre, que nos hace herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que sufrimos con Él, para ser glorificados con Él (Romanos 8:17). La fe, basada en las grandes y preciosas promesas de Dios, nos hace partícipes de la naturaleza divina (2 Pedro 1: 4).

► Somos santificados por la fe. Dios nos ofrece en su Palabra una gracia santificante que nos apropiamos por fe (Hechos 26:18, Juan 17:17).

► Nuestros corazones son purificados por la fe (Hechos 15:9). Hay un poder purificador en la Palabra de Dios. Si creemos en esta Palabra, ejercerá ese poder en nuestros corazones.

► Por la fe, Cristo habita en nuestros corazones y hace allí su obra gloriosa (Efesios 3:17).

► Por ella, liberados del poder de las tinieblas (Colosenses 1:13), ya estamos sentados en los lugares celestiales en Cristo Jesús (Efesios 2:6).

► A través de ella nos mantenemos firmes (2 Corintios 1:24), siendo la fe la victoria que ha conquistado al mundo y que triunfa constantemente (1 Juan 5:4). La fe es también el escudo por el cual el creyente puede apagar todos los dardos de fuego del maligno (Efesios 6:16).

► Por la fe, medio de nuestra reconciliación con Dios, entramos en el reposo, en esa comunión viva con Dios, en la que el alma encuentra reposo y paz desde aquí abajo y por la eternidad (Hebreos 4:1-3, Mateo 11:28-30).

► Por ahora, somos salvos en esperanza (Romanos 8:24). Ahora tenemos la salvación por anticipación, y el poder de Dios nos guarda,

por fe, hasta el día de la plena posesión de esta salvación, que atañe no solo a nuestra alma, sino también a nuestro cuerpo, a todo nuestro ser (1 Pedro 1:5-9, Filipenses 3:20). Por lo tanto, la obra de la redención incluye, en última instancia, la salvación de nuestros cuerpos mortales que Cristo, en su venida, transformará en la conformidad de su cuerpo glorioso (Filipenses 3:20-21). Así que, el Espíritu de aquel que levantó a Cristo de entre los muertos vivificará nuestros cuerpos mortales también, debido a su Espíritu que habita en los que creen (Romanos 8:11).

Si el anticipo de esta salvación final es ya un gozo inefable y glorioso, ¿qué será cuando lo alcancemos? Si la salvación es una operación sucesiva, que tiene varias facetas, cada uno de los factores que la componen depende de la fe. En Jesucristo, Dios nos ofrece la salvación total basada en la muerte y resurrección de su Hijo, quien nos da aquí en la tierra paz del alma, perdón de nuestros pecados, justificación, reconciliación con Dios, vida eterna. Esta salvación, que nos reconcilia con Dios por la eternidad, es sin embargo una cuestión de vida y de dependencia diaria. Salvos, tenemos que cumplir nuestro destino en la tierra, vivir y caminar en el plan de Dios de una manera digna de nuestro llamamiento (Efesios 4:1).

Pablo nos exhorta en este sentido, diciendo: *"... ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad. Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo; asidos de la palabra de vida..."* (Filipenses 2:12-16).

La felicidad y la única gloria del hombre es poder vivir glorificando a Dios. El hombre fue creado para ser el espejo de Dios. Si no cumple su destino, en este sentido es inferior a las bestias y al resto de la creación. Solo la fe en Cristo nos permite vivir nuestra salvación, porque es Dios quien produce en nosotros la voluntad y el hacer. ¡Solo a Dios la gloria!

La fe es la nueva esfera en la que el cristiano vive, actúa y muere. Es el principio que debe regir todas nuestras acciones. Todo lo que no hagamos según el principio de la fe es pecado (Romanos 14:23). En nuestra vida práctica, los resultados y la actividad de la fe son múltiples:

► Es por la fe, y no por la vista, que el creyente camina en su viaje terrenal (2 Corintios 5:7).

► En un mundo de muerte y oscuridad, nos da la luz de la vida (Juan 8:12, 12:46).

► En el valle de lágrimas y sombra de muerte (Salmo 23:4, 84:6), nos libra de toda la angustia de nuestro corazón y de todas las angustias de nuestra alma, manteniéndonos en paz (Juan 14:1, Isaías 26:3).

► La fe es una fuente inagotable de gozo (1 Pedro 1:8).

► Satisface plenamente nuestros corazones, siendo Jesús el cumplimiento de todos nuestros deseos (Juan 6:35, Colosenses 2:10).

► A través de la fe, el Espíritu Santo viene a morar en nosotros y hace que de nuestro interior fluyan ríos de agua viva (Juan 7:38-39).

► Nos da la fuerza física que necesitamos (Salmo 27:1, 68:28, 84:5, 7, Isaías 40:29-31) y puede, de acuerdo con los caminos de Dios para nosotros, darnos la curación de nuestro cuerpo (Mateo 9:22-29, Santiago 5:14-15).

► La fe se apropia del poder de Dios y recibe en Jesús la potestad de hacer cosas maravillosas (Mateo 21:21, Juan 14:12, Hebreos 11:31-34).

► Creyendo en las promesas de Dios, que son todas *“sí y amén en Cristo”* (2 Corintios 1:20), se convierten en nuestro disfrute efectivo y encuentran su plena realización (Marcos 11:23-24, 1 Juan 5:14-15). Si creemos, veremos la gloria de Dios (Juan 11:40) y en el nombre de Jesús nuestras oraciones serán contestadas (Mateo 21:22, Santiago 1:5-7). Solo la incredulidad se interpone en que podamos experimentar el poder de Dios (Mateo 17:19-20). Recibimos lo que creemos (Hebreos 4:1-4). El disfrute de la plenitud de las bendiciones de Dios (Efesios 1:3) es para quienes las reclaman y en la medida en que lo deseen (compárese con Josué 1:3). *“... al que cree todo le es posible”* (Marcos 9:23). Cuanto más sencilla sea nuestra fe, mayor será. A medida que creemos, experimentaremos el poder de Dios (compárese con Romanos 4:19-24 y Hebreos 11).

La fe encuentra su fundamento inquebrantable en Jesucristo. En Él tiene la solidez de la roca y resiste todas las tormentas, las olas más vio-

lentas, las tempestades más devastadoras. Emerge de la ruina y el caos de los supuestos, opiniones y afirmaciones humanas. Permanece firme en el sufrimiento, cuando todo flaquea, y domina, serena e inmutable, la figura del mundo que pasa. Coraza protectora (1 Tesalonicenses 5:8), escudo indispensable para apagar los dardos de fuego del maligno (Efesios 6:16), la fe siempre nos da la victoria (1 Corintios 15:57) y nos hace más que vencedores por aquel que nos amó (Romanos 8:37). La fe combina en sí misma la fuerza del león (Proverbios 30:30), la mansedumbre y humildad del cordero (Isaías 53:7, Jeremías 11:19), la paciencia y la perseverancia del buey que camina sobre el surco. Finalmente, la fe nos da alas y ojos de águila, que nos permiten elevarnos por encima de las circunstancias del tiempo presente, evitar las trampas de Satanás y superar todos los obstáculos, manteniendo constantemente nuestra mirada fija en realidades invisibles pero eternas (2 Corintios 4:18, Isaías 40:31).

*"No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón; porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. Porque aún un poquito, Y el que ha de venir vendrá, y no tardará. Mas el justo vivirá por fe..."* (Hebreos 10:35-38).

*Todo el que cree, piensa. Porque la fe, si lo que cree no se piensa, es nula.*

Agustín de Hipona

## 9. Manifestaciones de la fe

Cuando la fe llena nuestros corazones, no nos deja indiferentes. Muy rápidamente manifiesta su presencia, y bajo su ímpetu nuestra vida exterior se convierte en el reflejo de nuestra vida interior.

Con Cristo viviendo en nosotros, y nosotros mismos viviendo en Él, nuestra forma de pensar, hablar y actuar tenderá a parecerse cada vez más a Cristo (Filipenses 4:8-9, Colosenses 3:1-3).

Un cambio tan drástico no pasará desapercibido para el mundo. Al arrancarnos de nosotros mismos, la fe nos hará vivir según el plan de Dios, en obediencia inmediata e implícita a los mandamientos de aquel en quien creemos, no solo porque Él lo manda, sino simplemente porque lo amamos. Nuestra obediencia ya no es legal, sino una obediencia de amor. No importa si no conocemos el propósito de tal o cual deseo del Señor y si ignoramos los resultados de nuestra obediencia.

Viviremos en completa dependencia del Maestro, llevando todas nuestras necesidades a Jesús y superando todos los obstáculos que se interpongan entre Él y nosotros (Filipenses 4:6-7, Hebreos 12:1-3, Efesios 6:13).

Continuaremos implorando de Él las bendiciones prometidas por Él, a pesar de los motivos para el desánimo, e incluso ante su aparente negativa a concederlas (Hebreos 6:12, Mateo 15:21-28, 1 Reyes 18:42-44). Haremos con celo y alegría las buenas obras que Dios ha preparado de antemano, para que podamos caminar en ellas. (Efesios 2:10).

Las dificultades en nuestro camino que puedan obstaculizar el cumplimiento de las promesas de Dios no nos detendrán (Hebreos 11:17-19, Romanos 4:18-20). Perseveraremos en seguir el camino que Dios nos marca, incluso frente a obstáculos, peligros y pérdidas aparentes (Hebreos 11:27). Preferiríamos sacrificar nuestros bienes, nuestra posición, nuestra reputación, nuestras propiedades, nuestra vida, si fuera necesario, en lugar de deshonrar o negar a Cristo (Hebreos 10:32-34, Hebreos 11, Filipenses

3:8). La fe no cuenta con las ventajas presentes y visibles, sino con las venideras, invisibles, pero permanentes. Sabe esperar pacientemente el cumplimiento de las promesas de Dios.

Mientras tanto, no nos avergonzaremos de confesar el nombre de Jesús ante los hombres, a pesar de los reproches, las burlas o los insultos que puedan resultar de ello (Mateo 10:32-33, Juan 16:1, 33, 2 Timoteo 1:8). Nuestros ojos se abrirán a las necesidades espirituales y materiales de nuestros seres queridos, nuestros vecinos, las multitudes sin pastor, y de repente se nos dará la visión misionera (Mateo 9:36-38). La fe nos llenará de santa valentía (Hechos 4:29, Efesios 6:19-20) para proclamar la palabra de vida a todos los hombres, y mediante nuestro testimonio las almas se volverán al Señor (Hechos 4:29). Manifestaremos, en la noche de este mundo, la luz divina, porque por la fe somos hijos del día, y luz en el Señor (1 Tesalonicenses 5:5, Efesios 5:8).

El amor de Cristo abrazará nuestros corazones, instándonos a llevar a las almas perdidas el Evangelio, el mensaje de reconciliación (2 Corintios 5:14-21). La fe hará de nosotros una predicación viva, la carta de Cristo leída y conocida por todos los hombres (2 Corintios 3:2-3). Seremos el buen olor de Cristo para Dios, vasos santos que derramarán la fragancia de su conocimiento por todas partes. Este olor será un olor de vida para aquellos que creen y aceptan el Evangelio, pero un olor de muerte para aquellos incrédulos que se resisten a la acción de Dios (2 Corintios 2:14-16).

La fe en Jesús se manifiesta, por tanto, mediante un cambio radical de vida, que es más que una observación de formas, principios y hábitos piadosos. Es una nueva vida vivida en todas partes, el domingo y el resto de la semana, tanto en el campo como en la ciudad, en la escuela, en el taller, en la oficina, en la iglesia y en las reuniones. No debe haber dualidad en la vida cristiana. La verdadera fe no nos permite comportarnos de una manera en nuestro trabajo y de otra en las reuniones de oración. La Palabra permanece: *"todo lo que no proviene de fe, es pecado"* (Romanos 14:23). Aquellos que profesan el cristianismo y olvidan esta verdad son los peores enemigos de la cruz de Cristo.

Dejemos de llamar a Cristo *"nuestro Señor"* si no aceptamos su control sobre todas las acciones de nuestra vida. Si Jesús es realmente nuestro Maestro, entonces rompamos con todo lo que no es para su gloria y seamos sus imitadores a los ojos de Dios y del mundo, haciéndolo todo para



la gloria de Dios (1 Corintios 10:31). Para eso vivamos en su constante comunión, y ante cada una de nuestras acciones, pequeñas o grandes, preguntémosnos: *"¿Qué haría Jesús en mi lugar?"*. Esta sencilla pregunta nos obligará a conocer mejor la persona del Señor, su mente y su vida. Veremos entonces, leyendo los Evangelios, la gran distancia que aún nos separa del modelo, y que tanto desacredita nuestro testimonio a los ojos del mundo. Si somos fieles al querer seguir a Jesús y el camino de la fe (Romanos 4:12), es probable que la dirección de toda nuestra vida cambie apreciablemente. La búsqueda del reino de Dios y su justicia se convertirá en nuestra primera preocupación (Mateo 6:33), y muchos escucharán la llamada del Maestro que resuena más relevante que nunca: *"A la verdad la mies es mucha, mas los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies"* (Mateo 9:37-38).

Entonces, tal vez, tú que lees estas líneas, mires hacia arriba y veas los campos ya blancos para la cosecha (Juan 4:35). Entonces, oyendo al Señor decir: *"¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?"*, responderás: *"Heme aquí, envíame a mí"* (Isaías 6:8).

En el pasado, tu "yo" era el centro de tu vida; ahora por fe dirás con Pablo: *"...ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí..."* (Gálatas 2:20) y mostrarás, siguiendo el ejemplo del apóstol, que para ti realmente *"el vivir es Cristo"* (Filipenses 1:21). Una vida cuyo centro ha cambiado, esa es la manifestación de la fe y toda la fuerza de la vida cristiana.

*"Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí"* (Gálatas 2:20).

*La razón es el mayor enemigo que tiene la fe; nunca viene en ayuda de las cosas espirituales, sino que las más de las veces lucha contra la palabra divina, tratando con desdén todo lo que emana de Dios.*

Martín Lutero

## 10. Pecados contra la fe

En general, hay dos formas de pecar contra la fe:

### **Por omisión.**

▶ Por indiferencia, cuando no nos tomamos la molestia de estudiar las verdades que debemos conocer, cuando consideramos que todas las religiones son buenas o, peor aún, igualmente falsas, y por eso vivimos indiferentes sin preocuparnos por Dios, quien realmente ha hablado, y al que su criatura debe respeto.

▶ Por temor a los demás, cuando tenemos miedo de mostrar nuestra fe (Mateo 26:33, Lucas 22:56-57).

### **Por acción.**

▶ Cuando rechazamos la gracia y los llamamientos del Señor.

▶ Cuando nos apegamos al error.

▶ Cuando no actuamos en todas las cosas según el principio de la fe (Romanos 14:23).

▶ Cuando dudamos voluntariamente (Santiago 1:5), dando oportunidades al diablo, el padre de mentira (Juan 8:44).

▶ Cuando negamos una o más verdades de la Palabra de Dios.

▶ Cuando uno se expone a sí mismo a través de malas compañías y leyendo libros impíos que debilitan la fe.

▶ Cuando uno exhibe sus dudas, en libros, revistas, periódicos o conferencias públicas.

Al concluir este capítulo, echemos un rápido vistazo a las diferentes expresiones relacionadas con la fe en las cartas a Timoteo:

▶ **“El naufragio de la fe”** (1 Timoteo 1:19-20) es la consecuencia

del rechazo de una buena conciencia. Entonces se pierde la autoridad de la Palabra. Blasfemamos o podemos blasfemar.

▶ **“La apostasía de la fe”** (1 Timoteo 4:1), anunciada especialmente para los últimos días. Apostatar de la fe es apartarse de ella. Estos rechazan abiertamente la verdad recibida para aferrarse al error que predicán. A estos hombres, dice el apóstol, se les cauteriza la conciencia, es decir, se les quema con un hierro candente, como criminales a quienes se les ha aplicado la marca de su ofensa, para que sean reconocidos por todo el mundo. Llevan en su conciencia el sello inconfundible de la mentira y la condena.

▶ **“Negar la fe”** (1 Timoteo 5:8) es actuar en contra de la verdad que conocemos y que afirmamos. Es insumisión y desobediencia a la Palabra de Dios en nuestra vida práctica. Quien cae en este estado es peor que un incrédulo.

▶ **“Rechazar la primera fe”** (1 Timoteo 5:12-13) es no tener ya el mismo apego a Cristo y su Palabra. Es el abandono del primer amor (Apocalipsis 2:4).

▶ **“Extraviarse de la fe”** (1 Timoteo 6:9-10). Si nuestro corazón se aferra al dinero, a los bienes de este mundo, pronto estaremos sin rumbo dejando de lado la verdad, perdiendo el disfrute de nuestras verdaderas bendiciones e invadidos de mucho dolor. Las preocupaciones, el engaño de las riquezas y los placeres de la vida son las espinas que ahogan la buena semilla e impiden que dé fruto cuando madura (Marcos 4:19, Lucas 8:14).

▶ **“Alejarse de la fe”** (1 Timoteo 6:20-21, 2 Timoteo 2:18). Bajo la influencia del error, recibido por las objeciones de un conocimiento erróneo, la fe se derrumba y uno se encuentra dejando de lado la verdad hacia la que se esforzaba.

▶ **“Reprobados en cuanto a la fe”** (2 Timoteo 3:8-9). Es el estado de aquellos que, habiendo resistido a la verdad, tienen su entendimiento corrompido. La fe misma demuestra su estado de perdición. Sin embargo, no irán más lejos, no tendrán éxito en sus designios, porque su insensatez será manifiesta a todos.

## 11. El encuentro decisivo

No podemos terminar este estudio con definiciones. Estas líneas perderían su propósito si se detuvieran aquí. Queremos que su conclusión no sea un final, sino que conduzca a muchas almas al amanecer de una nueva vida. De una forma natural surge una pregunta en nuestra mente: *"¿Tenemos fe?"*.

*"Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos"* (2 Corintios 13:5).

Ninguno de nosotros puede vivir más en la indiferencia, la incertidumbre o la falsa seguridad.

El deseo de Dios es salvar a todos los hombres (1 Timoteo 2:4). No quiere que nadie perezca, sino que todos lleguen al arrepentimiento (2 Pedro 3:9). Sin embargo Dios no quiere realizar la salvación de cualquier manera. El hombre quiere alcanzar el éxito no importa como, pero el pecado es una falta demasiado grande para que el hombre la repare. Era necesaria la intervención directa de Dios. De hecho, Dios puso una condición. La fe en Cristo es la condición sine qua non para obtener la salvación. Cristo es el autor de la salvación. La redención es suficiente para redimirnos de todos nuestros pecados (Isaías 1:18). Todo está cumplido. La salvación se ofrece gratuitamente a todos (Isaías 55:1; Romanos 3:24).

Esta salvación no solo incluye la bienaventuranza eterna, sino también la liberación real del pecado (Romanos 8:2). No es una religión que adormece las almas, una salvación que tendría el efecto del opio en nuestras vidas y que daría la razón a la propaganda de los impíos. La salvación de Dios es una vida nueva, y esta vida está en su Hijo (1 Juan 5:11).

Dios ha dado a los hombres un Salvador. Es un hecho, no una idea ni una religión. No tenemos que mirarnos a nosotros mismos primero para ver si realmente somos pecadores y estamos perdidos. Nuestras evaluaciones no son criterios seguros. Tenemos que mirar a Cristo, que se nos

presenta como el Salvador. Es Él quien nos revela y nos explica la necesidad de ser salvos. La contemplación de Cristo en el Calvario nos revela la terrible realidad de nuestros pecados. Es en la oscuridad del Gólgota donde escuchamos el terrible estruendo de las olas de la ira de Dios que iba a alcanzarnos, pero que cayó sobre Cristo nuestro sustituto (Isaías 53:6).

En Cristo, Dios se hizo hombre, y como hombre solo pudo sufrir en la situación de hombre. Él fue el pobre, el despreciado, el varón de dolores (Isaías 53). La causa del sufrimiento total de Jesús es el pecado (2 Corintios 5:21). Santo y justo, sólo encontró en este mundo el odio y la oposición de los hombres. En la cruz, se nos revela nuestra miseria y los resultados de la oposición entre Dios y el hombre. En el Hijo de Dios hecho hombre y llevando nuestros pecados, se nos manifiesta la ira de Dios contra los pecadores y la rebelión de los hombres contra Dios. Cristo cargó sobre sí esta rebelión; esta ira Cristo la soportó solo en la cruz. En esta cruz, Cristo cargó con nuestros sufrimientos, nuestros pecados, pero también los llevó en su muerte. La cruz no es solo un instrumento de sufrimiento sino, más aún, el instrumento de una victoria que es plenamente confirmada por la resurrección de Cristo de entre los muertos. Ante su santa y adorable persona, ante la cruz donde Él murió, el inocente por el culpable, nuestros ojos se abren de repente y nuestros corazones endurecidos se derriten. Se nos da una convicción real y profunda del pecado, al mismo tiempo que brota en nuestros corazones quebrantados y humillados la gozosa seguridad de que el Hijo de Dios cargó con todos nuestros pecados, de que la obra de nuestra salvación se ha cumplido mediante Él.

Entonces, desde el momento en que acepto el hecho de que esto sucedió en la persona única del Salvador, tengo fe y, a través de ella, la salvación. Esta aceptación no me deja indiferente. Me lleva a seguir al Salvador en su muerte y resurrección. Esta operación del Espíritu de Dios no solo se realiza en el secreto de mi vida interior, sino que deja huellas en mi vida exterior. Ninguna parte de nuestra existencia está exenta de esta transformación. La muerte de Cristo actúa en nuestros miembros (2 Corintios 4:10), y el señorío del Resucitado se establece sobre todo nuestro ser y abarca todas las áreas de nuestra vida. Mucha gente no se pone del lado de los cristianos, otros incluso están en contra de ellos. Ven sus imperfecciones, y especialmente sus inconsistencias, que les ocultan parte de la verdad y empañan la claridad de su testimonio.

Gracias a Dios, los cristianos no son el objeto de la fe, sino Cristo. Y cuando se trata de Cristo, no pronunciarse por Él es hacerlo en contra de Él; porque en Él no hay error ni inconsistencia. En resumen, Jesús es el Absoluto. No hay excusa para los que le rechacen. Por tanto, es por Cristo, y no por los cristianos, por el Salvador y no por una religión, que estamos llamados a tomar una posición hoy. Cristo nos llama a convertirnos nosotros mismos en esos cristianos humildes, fieles y consistentes que tanto nos cuesta descubrir a nuestro alrededor. No busquemos más al cristiano modelo, sino que seámoslo nosotros mismos, tras el encuentro y la aceptación personal de Cristo, objeto inmutable de la fe.

Un encuentro con Cristo es lo que produce una conversión real y visible, un nuevo nacimiento manifiesto (Juan 3:1-21). Los hombres necesitan urgentemente este encuentro. Es para guiarlos en el camino donde ese encuentro puede ser realidad que estas líneas han sido escritas.

El que se ha encontrado con *"el viviente"* no puede permanecer frío o tibio, sino que se vuelve ardiente por Dios. Una nueva vida toma posesión de su ser y lo lleva tras los pasos del Salvador. Este encuentro nos hace reconocer nuestra nada y el amor de Dios, que todo lo ha hecho por nosotros. Su efecto es despojarnos de todos los méritos propios, hacernos vivir solo por los méritos de Cristo. Nos saca de nosotros mismos y nos coloca en Cristo. Entonces, el encuentro del que estamos hablando no es algo vago; conduce a un acto, una decisión que recordamos y cuyas consecuencias se manifiestan a lo largo de nuestra vida.

- ▶ Saulo de Tarso encontró a Jesús y su vida cambió. Fue en el camino de Damasco (Hechos 9).
- ▶ El eunuco etíope también lo encontró. Fue durante su viaje de regreso desde Jerusalén a su país. Sentado en su carro, leyendo un capítulo del profeta Isaías (Hechos 8:26-39).
- ▶ Lidia, vendedora de púrpura, lo encontró junto al río, donde solía hacerse la oración (Hechos 16:13-15).
- ▶ Tres mil personas lo encontraron por la predicación de Pedro, en Pentecostés (Hechos 2:41).
- ▶ Cornelio, sus parientes y amigos lo encontraron un día mientras, sentados, escuchaban a Pedro (Hechos 10:25-48).

► Sergio Paulo, hombre inteligente, lo conoció, siendo cautivado por la doctrina del Señor en el momento en que la mano de Dios hirió al mago Elimas con ceguera (Hechos 13:6-12).

► El carcelero de Filipos lo encontró una trágica noche, en la prisión (Hechos 16:27-34).

► Dionisio, el areopagita, y Dámaris lo encontraron en Atenas tras el memorable discurso de Pablo en el Areópago (Hechos 17:34).

Querido lector, déjame hacerte una pregunta: *“¿Has encontrado a Cristo?”*. *“He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación”* (2 Corintios 6:2). Acepta al Salvador. Entonces se abrirá ante ti el camino de la fe, en el cual caminó una gran nube de testigos (Hebreos 11). En las bienaventuradas huellas de aquellos testigos, de quienes el mundo no era digno, hagamos una cosa: *“olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndonos a lo que está delante, prosigamos a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”* (Filipenses 3:14).

Viene la hora en la que el Señor vomitará de su boca a los tibios (Apocalipsis 3:16). *“Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda”* (Apocalipsis 21:8).

No más cobardes, tibios y vacilantes, sino seres con pasión ardiente por Cristo, que nos amó y se entregó por nosotros (Gálatas 2:20).

*“Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida”* (Apocalipsis 21:6).

*“Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente”* (Apocalipsis 22:17).









**La es fe la certeza  
de lo que se espera,  
la convicción de lo  
que no se ve.**

**Hebreos 11:1**

**FC**  
EDITOR

